

LA
CRUZADA
ALBIGENSE
Y EL IMPERIO ARAGONÉS

*La verdadera historia de los cátaros,
Jaime I el Conquistador y la expansión de la
corona de Aragón*

DAVID BARRERAS



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: La cruzada albigense y el imperio aragonés
Subtítulo: La verdadera historia de los cátaros, Jaime I el Conquistador y la expansión de la corona de Aragón
Autor: © David Barreras

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Opalworks
Maquetación: JLTV

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-365-9
Fecha de edición: Marzo 2007

Printed in Spain
Imprime: Grupo Marte, S.A.
Depósito legal: M-10429-2007

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	15
PRIMERA PARTE	
El Imperio franco y los orígenes de Cataluña y Aragón.....	23
SEGUNDA PARTE	
Las herejías dualistas medievales	43
TERCERA PARTE	
La Cruzada Albigense	71
CUARTA PARTE	
La conquista de Valencia	111
QUINTA PARTE	
Las relaciones internacionales de la Casa de Barcelona durante la segunda mitad del siglo XIII.....	159
CONCLUSIÓN	189
APÉNDICE	
Paralelismos entre las cruzadas a Oriente y la Albigense.....	197
ANEXOS	205
BIBLIOGRAFÍA.....	251

INTRODUCCIÓN

Eran tiempos difíciles para la Corona de Aragón cuando en el año 1213 accedía al trono Jaime I el Conquistador. Su padre, Pedro II, murió en la batalla de Muret en un intento por extender sus dominios al sur de Francia. Desaparecía así la posibilidad de una expansión ultrapirenaica de la Corona.

De esta forma tan simple se nos suele presentar la derrota aragonesa sufrida durante la Cruzada Albigense cuando estudiamos la historia de Cataluña y Aragón. Con esta descripción tan vaga, puede parecer que Pedro II intentó llevar a cabo una invasión de los territorios del sur de Francia para conquistarlos y que murió heroicamente en esa empresa. También es frecuente admitir sin ninguna discusión que con la derrota de Muret y desaparecida la posibilidad de expansión ultrapirenaica solo quedaba la opción de emprender la conquista de los territorios del sur peninsular.

Pero lo cierto es que el tema no es tan sencillo como parece. La historia de la expansión de la Corona de Aragón

por las tierras de Languedoc (conocidas también como Occitania, País d'Òc, Mediodía o Midi francés, en definitiva, el sur de la actual Francia) y la posterior conquista de los territorios de al-Andalus es en realidad más complicada, y en ella se mezclan cuestiones políticas, económicas y religiosas, como veremos a continuación.

Cuando se pone de manifiesto cualquier acontecimiento histórico, es frecuente que se acabe simplificando y más aún si se trata de una derrota propia. No obstante, los hechos relacionados con la batalla de Muret forman una parte muy bella de la historia de la Corona de Aragón como para caer en este vicio. Estos sucesos son en realidad bastante más complejos de lo expuesto habitualmente, pero por supuesto nadie se molesta en describir detalladamente una derrota; es mucho más frecuente escuchar relatos sobre gloriosos acontecimientos como la unión de Cataluña y Aragón, la conquista de Valencia o la fusión de la Corona de Aragón y el Reino de Castilla. Esta es la causa por la que frecuentemente se ignora un capítulo tan interesante e importante de la historia de Europa, y es que la Cruzada Albigense derivó en acontecimientos transcendentales para el mundo occidental y no solo condujo al receso de la expansión aragonesa más allá de los Pirineos. Ni tan siquiera los asuntos eclesiásticos quedaron al margen, ya que, además de lo enunciado anteriormente, la Cruzada supuso la creación de las órdenes religiosas mendicantes de los hermanos dominicos y franciscanos y, además, permitió su éxito. Del mismo modo, estos hechos condujeron a la instauración de la Inquisición, lo que en definitiva significó un giro en la política de la Santa Sede.

Esta historia trata sobre la ayuda que brindó un rey a sus súbditos o vasallos ante un ejército invasor. Pero no nos

confundamos, el ejército invasor era el de los cruzados franceses, al mando de Simón de Montfort, y el monarca salvador, Pedro II de Aragón, justo lo contrario de lo que podemos llegar a entender con las explicaciones simplistas que desgraciadamente son tan frecuentes.

Como veremos, en cierto modo la conquista de Valencia está relacionada con la batalla de Muret, aunque esta derrota no fue el detonante de tal hazaña, a pesar de que esta sea la versión oficial de los hechos. Tras haber estudiado el tema en profundidad, debemos oponernos a esta opinión. Si el lector no abandona estas líneas, llegará a la misma conclusión: la muerte de Pedro II en Muret no supuso la renuncia definitiva a la expansión ultrapirenaica de la monarquía aragonesa, ni a su vez llevó a reorientar la conquista hacia el Reino de Valencia. Sin embargo, sí que es cierto que este hecho hizo tambalear los cimientos de los estados bajo el gobierno de Pedro II y que produjo una guerra civil en el momento de la sucesión al trono. Pero pese a todo, Muret no consiguió que la política de Jaime I el Conquistador difiriera demasiado de la de su padre. Las aspiraciones de Jaime I con respecto al Mediodía francés permanecieron intactas incluso más allá del famoso tratado de Corbeil (1258), donde a pesar de que el ya maduro monarca estampaba su firma en un documento donde renunciaba a los territorios en litigio a cambio de la paz con Francia, los hechos demuestran que en realidad siempre estuvo maquinando artimañas para hacerse con lo que él consideraba su patrimonio. A Jaime I el Conquistador tanto le sirvió para este fin planear alianzas matrimoniales como armar ejércitos.

Las pretensiones de los soberanos aragoneses sobre Occitania no acabaron por lo tanto con Pedro II. Con Jaime I el

Conquistador, la Corona nunca pudo dedicarse plenamente a la expansión hacia el sur, ya que el pastel que suponía el Midi era demasiado apetitoso como para no desear llevarse el trozo más grande posible. Ciertamente es que lo que motivó realmente la conquista de Valencia fue otra batalla que aconteció un año antes que la derrota de Muret, la decisiva victoria de las Navas de Tolosa (1212), pero no es menos verdad que, a pesar de la relativa facilidad con la que se podían conquistar los territorios del futuro Reino de Valencia, Jaime I nunca dejó de lado el *affair* occitano.

Encontramos aquí un paralelismo con Alfonso X de Castilla, yerno de Jaime I. El rey sabio tuvo vía libre para el afianzamiento de la posición castellana en al-Andalus tras la debacle sarracena de las Navas, pero, sin embargo, y como su sobrenombre indica, fue lo suficientemente inteligente como para no renunciar a sus aspiraciones sobre los territorios navarros e incluso a la corona del sacro Imperio romano-germánico.

En definitiva, fue una batalla lo que motivó la conquista de Valencia, pero no la de Muret, sino la de las Navas de Tolosa, y puesto que existe una laguna importante en lo referente a la relación entre las expansiones ultrapirenaica y peninsular de Aragón, hagámosle un favor a la historia y veamos lo que aconteció en las regiones de Languedoc y Valencia entre 1208 y 1238.

Languedoc, la región por la que se enfrentaron en la batalla de Muret Pedro II el Católico y Simón de Montfort, señor de Île-de-France y vasallo del rey francés Felipe II, estaba constituido por un conjunto de señoríos y feudos del monarca aragonés desde tiempos de Alfonso II y no pertenecía a Francia (o al Reino de los francos) desde la dinastía carolingia.

Para poder corroborar estos hechos, debemos hacer una serie de comentarios acerca de las dinastías que precedieron a los reyes franceses y sobre la herencia de Pedro II.

PRIMERA PARTE

EL IMPERIO FRANCO Y LOS ORÍGENES DE CATALUÑA Y ARAGÓN

MEROVINGIOS Y CAROLINGIOS

En el año 481, el nieto de Meroveo, Clodoveo I, fue coronado rey de los francos. Durante la permanencia en el trono de este monarca, el reino se mantuvo unificado y abarcó la actual Francia y parte de lo que hoy es Alemania. Asimismo, Clodoveo se convirtió al cristianismo, hecho que le valió el apoyo del clero y de la nobleza galo-romana y que, además, supuso el inicio de las buenas relaciones de los reyes francos y de sus descendientes con la Santa Sede a lo largo de la Edad Media. Finalmente, el próspero reino unificado de los merovingios acabó desmembrado, como consecuencia de la costumbre franca de repartir la herencia.

Los francos se caracterizaban fundamentalmente por ser un pueblo guerrero, por lo que su ejército ansiaba nuevas conquistas para obtener cuantiosos botines. El mantenimiento de las tropas necesarias para poder llevar a cabo las innumerables campañas militares francas suponía un alto coste para las arcas



Escenificación del bautismo de Clodoveo

El rey Clodoveo marcó el inicio de las buenas relaciones de los francos con la Iglesia al convertirse al cristianismo. Este importantísimo apoyo le permitió mantener unificado por primera vez al Reino Franco.

reales; un gasto elevado al que debemos sumar el alto precio que significaba también contar con el respaldo de la nobleza cristiana. Todo ello condujo al enriquecimiento de algunas familias importantes. Estos prósperos linajes constituyeron el origen de los mayordomos reales. La lucha entre las familias más poderosas concluyó cuando el nieto de Pipino el Viejo, Pipino de Heristal, heredó de su abuelo el título de mayordomo real de Austrasia hacia el año 680, uno de los estados que resultó al quedar dividido el Reino franco. Pipino se impuso sobre sus rivales hacia el 687 y logró de nuevo la unificación.

Pipino de Heristal mantuvo a los monarcas de la dinastía merovingia en el poder como simples figuras decorativas, y este fue el origen de la saga de mayordomos y reyes más importantes de los francos. A Pipino de Heristal le sucedieron su hijo Carlos Martel y su nieto Pipino el Breve. Este último destronó con el apoyo del papado al último rey merovingio en el año 751, de modo que se convirtió en el primer monarca de la dinastía carolingia.

¿A qué se debía la ayuda que recibían los carolingios de la Santa Sede? En el 751, los lombardos acabaron por expulsar a los bizantinos de Italia con la toma de Rávena, y con esto la Santa Sede se libraba por fin del yugo del Imperio romano de Oriente. Sin embargo, la Ciudad Eterna seguía sin ser libre; únicamente había cambiado de dueño y ahora pasaba a manos de los bárbaros lombardos. El mayordomo real Pipino tenía poder suficiente para librar a Roma de los invasores, pero este no era rey y necesitaba el consentimiento de la Iglesia para destronar al último merovingio. Finalmente esto sucedió, y al poco Pipino era coronado rey de los francos e iniciaba sus campañas contra los lombardos. En dos empresas bélicas el monarca franco derrotó a los

invasores y en 756 entregó el territorio del antiguo exarcado bizantino de Rávena al papado.

Por su parte, Carlomagno no solo heredó de su padre, Pipino, un Reino franco unificado, sino que conquistó Lombardía, el norte de Hispania y creó la Marca Hispánica y el Reino ávaro, que se extendía por tierras de las actuales Alemania, Austria y Hungría.

Cuando en el año 780 accedió al trono bizantino Constantino VI con tan solo 10 años, su madre, Irene, se hizo con la regencia del imperio. Con el tiempo, Constantino alcanzó la edad adulta, pero su madre tenía bien agarradas las riendas del poder y no las quería soltar, hasta tal punto que encarceló y ordenó cegar a su hijo. Una vez Irene consiguió el apoyo necesario, se coronó emperador y esquivó casarse nuevamente para así evitar que su esposo se apropiara de su cetro. Debido a las ideas machistas de la época, no se reconocía la autoridad de gobierno de las mujeres, por lo que fuera del ámbito de Constantinopla se consideraba que el título imperial se encontraba vacante. El papa León III no dudó en nombrar a un nuevo emperador romano, de modo que el día de Navidad del año 800 Carlomagno fue coronado en la Ciudad Eterna. En consecuencia, dos emperadores se repartían el mundo conocido a comienzos del siglo IX: Irene en el Imperio romano de Oriente y Carlomagno en Occidente.

Para Asimov (2000), Carlomagno nunca vio con buenos ojos su entronización. El rey franco entendía que el legítimo emperador romano se sentaba en el trono de Constantinopla y, además, en esta ocasión se trataba de una mujer. El papa no tenía ningún derecho a coronar a un emperador, ya que esta facultad pertenecía en todo caso al patriarca de Constantinopla. La principal diferencia entre el Imperio bizantino y el de Occi-



Pintura muestra la escena de la coronación de Carlomagno
Carlomagno recibió de manos del papa León III el título de emperador romano en el año 800.

TERCERA PARTE

LA CRUZADA ALBIGENSE

INICIO DE LA CRUZADA

El papa, desesperado e impotente como consecuencia de la ausencia de resultados concretos obtenidos mediante la vía diplomática, conocedor de la fuerza de la emergente Iglesia albigense y sabedor del profundo conocimiento del Evangelio que poseían los perfectos cátaros, comenzó a maquinarse de forma cada vez más firme la idea de recurrir al uso de la fuerza para acabar de una vez por todas con la herejía. El movimiento cátaro había llegado a constituirse en una Iglesia y esto resultaba inconcebible para Roma.

Existen documentos que demuestran que Inocencio III nunca renunció al uso de las armas para acabar con la herejía; en concreto, encontramos tres cartas que el papa envió a Felipe II de Francia. Inocencio III contaba con el apoyo del rey francés, por lo que en 1204 le escribió indicándole la legitimidad de la conquista y la anexión de los señoríos languedocianos, ya que según el sumo pontífice en ellos habitaban



Un grupo de cátaros son expulsados de una ciudad

Los cátaros llevaron su herejía en Occitania mucho más allá de lo que la Santa Sede podía permitir. Llegaron a organizarse en una Iglesia que escapaba de forma absoluta al control de Roma, por lo que el papa Inocencio III decidió acabar de raíz con el movimiento y entregó las tierras donde la herejía había triunfado a los conquistadores cruzados.

únicamente herejes o protectores de herejes. En este punto podemos constatar muy claramente, como bien dice el subtítulo del trabajo de Mestre (1995), que la Cruzada no fue otra cosa que un *pretexto político* de un *problema religioso*. A su vez resulta interesante tener en cuenta que el año en el que se escribió esta primera carta coincide con la toma de Constantinopla durante la Cuarta Cruzada, una expedición encaminada en un principio a liberar Tierra Santa y que deriva en la invasión de la capital bizantina. Nuevamente resulta sencillo llegar a la sentencia de Mestre: *problema religioso, pretexto político*. Los ejércitos de la Cuarta Cruzada jamás llegaron a su objetivo inicial, Jerusalén; es más, ni tan siquiera salieron de Europa, sabedores de que en Constantinopla había un botín más suculento y fácil de obtener. El corazón del rico Imperio bizantino se hallaba inmerso por esas fechas en una guerra civil que facilitó la entrada de los cruzados en la, hasta la fecha, inexpugnable Constantinopla.

Como podemos observar en estas líneas, el ideal de cruzada está presente, pero por desgracia para la Santa Sede, Francia se encontraba en esos momentos sumida en una guerra contra Inglaterra, la cual constituía la principal preocupación del Capeto Felipe II. Por lo tanto, la carta de Inocencio III no tuvo el efecto deseado.

El segundo intento del papa por conseguir la participación del rey francés en la cruzada partió de nuevo en 1205 en forma de carta, una misiva que se mostró nuevamente estéril, al igual que una tercera, escrita en 1207.

Queda bien claro que el papa anhelaba el mando de la cruzada para un poderoso señor feudal, a la altura de los reyes de Francia o Aragón. Ante la inoperancia de Pedro II contra los señores occitanos, no herejes pero protectores de herejes, a

Inocencio III únicamente le quedaba la opción del monarca francés. El obispo de Roma esperó pacientemente una respuesta positiva por parte de Felipe II, pero llegó un momento en el que no pudo aguardar más y se vio forzado a convocar oficialmente la cruzada sin conseguir la ansiada dirección de la misma para un poderoso rey. La gota que colmó el vaso y que hizo perder la paciencia del sumo pontífice fue la muerte de su legado, Pedro de Castelnau. El monje cisterciense fue asesinado a orillas del Ródano por un escudero de Raimundo VI, quien creyó que de este modo se ganaría el favor del conde de Toulouse. De hecho, el asesinato no había sido ordenado por el conde, pero sobre él recayó su autoría.

El 9 de marzo de 1208, menos de dos meses después del asesinato del legado papal, Inocencio III convocaba la cruzada con una carta dirigida a los arzobispos de Narbone, Arles, Embrun y Lyon, así como a los condes, barones y poblaciones del Reino de Francia. La carta, según Eslava (1998) y Labal (1982), decía más o menos así:

“Expulsadle, a él (Raimundo VI de Toulouse) y a sus cómplices, de las tierras del Señor. Despojadles de sus tierras para que habitantes católicos sustituyan en ellas a los herejes eliminados (...) La fe ha desaparecido, la paz ha muerto, la peste herética y la cólera guerrera han cobrado nuevo aliento. Os prometemos la remisión de vuestros pecados a fin de que, sin demoras, pongáis coto a tan grandes peligros. Esforzaos en pacificar las poblaciones en el nombre de Dios, de la paz y del amor. Poned todo vuestro empeño en destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspirará. Con más firmeza todavía que a los sarracenos, puesto que son más peligrosos, combatid a los herejes con mano dura y brazo tenso (...).”



Felipe II Augusto en la Tercera Cruzada

El espíritu de cruzada estaba presente entre los siglos XII y XIII. Felipe II de Francia participó junto a Ricardo Corazón de León y Federico I Barbarroja en la Tercera Cruzada (1190) a Tierra Santa. Entre 1204 y 1207 el papa Inocencio III le instó varias veces para que asumiera el mando de una cruzada contra los cátaros, sin embargo el monarca esquivó al Sumo Pontífice y prefirió centrarse en su enfrentamiento con Inglaterra. A pesar de todo Felipe II autorizó a algunos de sus nobles a participar en la empresa y no levantó demasiado la voz cuando otros vasallos suyos también tomaron la cruz y la espada sin su consentimiento.

CUARTA PARTE

LA CONQUISTA DE VALENCIA

NUEVA GUERRA CIVIL EN ARAGÓN

Tras el sitio frustrado de Peñíscola, Jaime I decidió formar una hueste propia hacia 1226, integrada prácticamente por caballeros aragoneses, para lanzarse a la conquista de los territorios valencianos evitando el paso por la inexpugnable fortaleza costera. Sin embargo, las tropas reclutadas fueron escasas e insuficientes para emprender la campaña. Por suerte, el rey Abuceit de Valencia era más débil que el aragonés, por lo que no tardó demasiado en demandar unas treguas que Jaime aceptó ante la falta de efectivos. Con estas garantías de paz alcanzadas con los moros de Valencia, un satisfecho Jaime I se topó un día en Calamocha con los nobles aragoneses Pedro y Sancho Ahonés, al mando de una hueste de unos cien caballeros, de camino hacia tierras valencianas. El monarca montó en cólera y solicitó a los Ahonés que suspendieran sus planes, a lo que Pedro respondió que no le hiciera perder el tiempo.

Ante esta situación el rey convocó un encuentro en Burbáguena, al que acudieron miembros de su hueste como Blasco de Alagón, Artal de Luna, Ato de Foces y los hermanos Ahonés, en el que expuso que se había visto obligado a firmar una tregua con el rey de Valencia porque los nobles, incluidos los Ahonés, se habían negado a aportar tropas, de modo que habían roto el contrato feudal, y en el momento en que había vigente un tratado de paz con los moros, Pedro Ahonés se disponía a salir de cabalgada.

Tras varias reuniones, el soberano no quiso ceder y se dispuso a hacer preso a Pedro Ahonés. En uno de los encuentros la tensión fue creciendo hasta que Ahonés echó mano a la espada, pero el rey lo abrazó e impidió que desenvainara. En el forcejeo nadie ayudó a Jaime, por lo que finalmente los hombres de Ahonés consiguieron separarlos y se llevaron al noble cuando este emprendía la huida. El monarca no dudó ni un momento y se lanzó a caballo a perseguir a los traidores, lo que animó a sus hombres fieles, que no tardaron en seguirlo. Pedro se encaminó hacia el castillo de Cotanda, propiedad de su hermano, en cuyas proximidades se produjo el enfrentamiento con los hombres del rey. En el altercado Sancho Martínez de Luna hirió a Ahonés, que cayó del caballo. Jaime descabalgó y se puso entre sus nobles y Ahonés para impedir que lo remataran. Finalmente, el malherido conde murió y con él, el noble más importante de Aragón. Esta es la primera victoria de Jaime I contra la levantisca nobleza, aunque el monarca bien sabía que le había ganado a los señores feudales solamente una batalla y no la guerra. En consecuencia, Jaime y su hueste se dispusieron a rematar el trabajo confiscando las propiedades de los rebeldes.

El partido nobiliario aragonés parecía ahora mutilado sin Pedro Ahonés; sin embargo, Fernando y Pedro Cornell asumieron el mando de los rebeldes y, adelantándose a la jugada del rey, se hicieron con los castillos del difunto conde. El enfrentamiento iba recrudeciéndose cada vez más hasta derivar en una rebelión general en Aragón. No obstante, a pesar de la colaboración de ricos hombres catalanes como Guillermo Ramón I de Montcada, el conflicto no llegó a generalizarse en Cataluña.

Únicamente hacia marzo de 1227 las tropas reales comenzaron a imponerse a los rebeldes, pero una vez más los nobles se mostraron astutos y decidieron llamar al rey para negociar una paz lo más ventajosa posible. Es más, estos citaron a Jaime I en Jaca para convocar consejo, con el más que probable único propósito de hacerlo prisionero, a lo que el rey aceptó, aun a riesgo de caer en una trampa. Sin embargo, algo había cambiado. Jaime I ya no era el niño que fue prisionero de sus nobles en Zaragoza; ahora acudía presto a Jaca y, al igual que los rebeldes, decidía seguir el juego del engaño. Así pues, mandó comprar carne en abundancia para simular que permanecía tranquilo en la ciudad. Mientras, se dirigió con sus hombres a las puertas de la villa, cerradas por los conjurados, y consiguió huir por la fuerza. El rey había escapado de los rebeldes por su propio valor y decisión. Con esta jugada, Jaime demostraba a los nobles que si era preciso firmar la paz, él tenía mucho que decir.

Los pactos se concertaron en Alcalá del Obispo. Los rebeldes confesaron su error, pidieron gracia y perdón y, ante la promesa de servir bien al rey en adelante, sugirieron una compensación económica. Jaime I los perdonó, los acogió en su amistad y les dio de nuevo la gracia (Villacañas, 2004).

Finalizada esta última guerra civil, Jaime I contaba ya con un ejército propio de nobles fieles, entre los que destacaban Ato de Foces, los Cardona, los Folch y los Alagón. Pacificados sus reinos y con antiguos enemigos ahora de su lado, como es el caso de la poderosa familia Montcada, Jaime se disponía a ganarse el sobrenombre con el que ha pasado a la historia. La mente del Conquistador comenzará a centrarse en Mallorca a partir de 1229. Sometida la isla y con la posesión en feudo de Ibiza y Menorca, a Jaime I únicamente le quedaba hacerse con Hispania, el reino que mayor gloria le reportaría a sus hazañas. El objetivo no podía ser otro que Valencia.

EL INICIO DEL GOBIERNO EFECTIVO DE JAIME I

Entre los años 1147 y 1212, hordas de musulmanes magrebíes controlaban la mitad sur de la península Ibérica. El denominado Imperio almohade estaba integrado por un conglomerado de tribus procedentes de las regiones montañosas del norte de África, que únicamente tenían en común el fanatismo religioso, la auténtica clave de su éxito. Este imperio iba desde Zaragoza hasta el río Níger y desde Lisboa hasta Libia. La débil y única base de su unidad, es decir, la religión musulmana, junto con la gran extensión de sus dominios, fueron las claves para que se desmoronara en pocos años.

El dominio almohade de la península Ibérica comenzó a decaer tras su aplastante derrota militar en las Navas de Tolosa (1212), donde el ejército musulmán fue prácticamente aniquilado por la fuerza conjunta de los reinos cristianos peninsulares. Se iniciaba pues la fase final de la reconquista.

BIBLIOGRAFÍA

- ASIMOV, I. 2000. *Constantinopla*. Editorial Alianza. Madrid.
- BARAHONA, V. 2002. *Los templarios: una historia muy presente*. Editorial Lisba. Madrid.
- BAYNES, N.H. 1996. *El Imperio Bizantino*. Fondo de Cultura Económica. México.
- BOIS, G. 2000. *La revolución del año mil*. Editorial Crítica. Barcelona.
- BRENON, A. 1998. *Los cátaros. Hacia una pureza absoluta*. Editorial B. Barcelona.
- BURNS, R.I. 1981. *Jaume I i els valencians del segle XIII*. Editorial Tres i Quatre. Valencia.
- CLARAMUNT, S., PORTELA, E., GONZÁLEZ, M. y MITRE, E. 1992. *Historia de la Edad Media*. Editorial Ariel. Barcelona.
- DUBY, G. 1997. *Guillermo el mariscal*. Editorial Alianza. Madrid.

- DUFOURCQ, C.E. 1994. *La vida cotidiana de los árabes en la Europa medieval*. Editorial Temas de Hoy. Madrid.
- ESLAVA, J. 1998. *Los templarios y otros enigmas medievales*. Editorial Planeta. Barcelona.
- FATÁS, G. (dirección). 1999. *Atlas de Historia de Aragón*. Institución Fernando el Católico - Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- FISAS, C. 1997. *Usos y costumbres de la historia*. Plaza & Janés editores. Barcelona
- FURIÓ, A. (dirección). 1999. *Historia de Valencia*. Editorial Prensa Valenciana - Universitat de València. Valencia.
- GALASSO, G. 2000. *En la periferia del imperio: la monarquía hispánica y el Reino de Nápoles..* Editorial Península. Barcelona.
- HEERS, J. 1997. *La Primera Cruzada*. Editorial Andrés Bello. Barcelona.
- LABAL, P. 1982. *Los cátaros: herejía y crisis social*. Editorial Crítica. Barcelona.
- LADERO, M. 2004. *Historia universal (Vol. II). Edad Media*. Editorial Vicens-Vives. Barcelona.
- MARÍ, R. 2001. *Los cátaros. Conocidos también por los hombres buenos*. Mecenás.
- MESTRE, J. 1997. *Los cátaros. Problema religioso, pretexto político*. Ediciones Península. Barcelona.
- NADAL, J.M. y PRATS, M. 1997. *Historia de la llengua catalana*. Editorial 62. Barcelona.
- PARKER, G. (dirección). 1994. *Atlas The Times de la Historia de la Humanidad*. Editorial GSC. Barcelona.
- PAYNE, S.G. 1985. *La España imperial*. Editorial Playor. Madrid.

- PUIG, J.M. y VALER, F. (dirección). 1994. *Enciclopedia Planeta-deAgostini*. Editorial Planeta-deAgostini. Barcelona.
- RAMOS, J.R. (coordinación). 1993. *Temes Teòrics*. Editorial Tàndem. Valencia.
- ROBERTS, J.M. 1998. *Historia universal ilustrada*. Ediciones Debate. Madrid.
- RODRÍGUEZ, J.M. 1999. *Ideal y Realidad de Cruzada en tiempos de Alfonso X, 1252-1284*. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- RUNCIMAN, S. 1998. *La caída de Constantinopla*. Editorial Espasa-Calpe. Madrid.
- SOLDEVILA, F. 1950. *Pere El Gran*. Institut d'Estudis Catalans. Barcelona.
- VILLACAÑAS, J.L. 2004. *Jaume I El Conquistador*. Editorial Espasa Calpe. Madrid.
- XARSA TELETÈMÀTICA EDUCATIVA DE CATALUNYA (XTEC). 2000. *La Croada Albigesa*. Generalitat de Catalunya.
- ZABOROV, M. 1987. *Historia de las cruzadas*. Editorial Akal. Madrid.